



Mercedes Siempre viva

♦ MELINA SARAHID GARCÍA

Cuando Mercedes suelta la carcajada en la cocina, hace temblar las rosas de su patio. Entrar a su casa me despierta una sensación de alivio, si afuera la lluvia de balaceras se deja caer sobre la ciudad, en su casa se detiene todo ruido, como si los cenizales y chicos que cantan en su terraza se transformaran en un campo de protección, apenas cruzando la puerta de madera, siempre abierta, se detiene el caos y hasta los chubascos crean armonía al mecer las hojas del nogal en el patio trasero; la recuerdo muchas veces en su cocina, con nubes de aroma que anuncian su presencia, el olor a hierbanís, tortillas de harina, zacate de limón, o pipián, la envuelve y hacen levitar su cuerpo.

Creo que mi olor favorito para recordarla es el de tamalitos recalentados la mañana del veinticinco de diciembre, cuando todas nos apretujamos para caber en la mesita pequeña de la cocina, en lugar del gran comedor del espacio contiguo, más íntimo y cercano el círculo que la noche anterior; porque le daba posada a las vecinas y vecinos que cumplían religiosamente con el ritual del rosario, no había año en que no se iluminara el pesebre que ocupaba la mitad del porche, con las estatuillas de burritos, vacas, ovejas, labradores, y pastores, rodeando la centenaria figurita de madera del Niño Dios, la cual vestían las elegidas como madrina y padrino en su natal San Luis Potosí. Una larga fila llenaba la calle para besarle los pies a la representación de Dios, después recibían la bolsita con una gran naranja, cacahuates y colaciones; ya con la sonrisa de mazorca puesta en la cara íbamos a pegarle a la piñata, momento para el cual se cerraba la calle y dos de mis tíos se trepaban a los techos de cada extremo para hacer temblar la estrella de papel rellena de dulces a la espera del buen tino.

El comedor entonces se transformaba en una mesa interminable de comensales dispuestos a la gratitud por un año sin hambre y con techo seguro, las hijas, nueras y nietas servían los tamales. Días antes, las tareas se iban repartiendo de manera colectiva, unas despelucaban las hojas de maíz y las ponían a remojar, otras preparaban la carne con chile para el relleno y las menos dichosas, embarraban la masa, mientras los hombres afuera bebían cerveza alrededor del fuego en el asador, sentados en las mecedoras con sus sombreros anchos y sonrisas largas, escuchando las canciones del noreste que acompaña el acordeón. Solo la catástrofe sanitaria detuvo el ritual, pero ahora que lo escribo me pregunto quién va a dar continuidad a las tradiciones cuando la otra parte de Mercedes se evapore.

Una mujer devota a sus creencias, su esposo y el cuidado de sus hijas e hijos. Su fortaleza de espíritu es tan grande que hace unas semanas estuvo hospitalizada y la acompañé un par de noches, y ni aún en cama pierde las ganas de encontrar cualquier pretexto para la risa, y ante el dolor, parece que se hace más fuerte su dignidad. “Son pintitos del mismo arroz, hija”, me dice cuando me cuenta de sus achaques mientras borda o dobla calcetines. Ocho partos naturales, y una voluntad inquebrantable. Esa es mi abuela paterna, Mercedes, hija de un pastor de campo en el pequeño pueblo de Alamito de los Días, huérfana de madre a los dos años y sobreviviente del hambre que atormenta a los estómagos de las desheredadas de la tierra.

Terminó la primaria cuando yo estudiaba la licenciatura. Un día, sentadas en la mesita de la cocina, por primera vez, bebí una cerveza con ella. Le hice muchas, muchas preguntas. Ella también es preguntona y por gracia, también contestona porque no se queda callada cuando algo no le place, quizá por eso ahora nos llevamos tan bien y nos escuchamos con atención, le pedí permiso para compartir un poco de su vida, porque la admiro.

Me contó que un día, mi abuelo llegó a pedirla, a su papá le pareció buen yerno porque tenía chivas, garantía de maíz y frijoles en la mesa, así que dijo sí, ella dijo no. Lo quería, pero sabía que era un hombre ojo verde y alegre, cuenta.

“Regresó días después, sentí un furor en todo el cuerpo cuando volvió a preguntar, y dije sí, pero desde entonces yo ya no fui yo; ellos dos arreglaron las bodas, fui un cero a la izquierda, era cantarina y platicadora, me volví ajena a mí, me sentía como sonámbula, cuando dije sí, algo salió de mi cuerpo y ya nunca volvió”. Le dió un trago a su cerveza y me miró con sus ojos de agua y empezó a tararear una canción.

Ya era la hora de la cena, así que comenzamos a preparar las tortillas y puse un disco de las Jilguerillas. Creo que tal vez una parte de Mercedes se evaporó porque los hombres de este mundo son aún insuficientes para una mujer con tanta fuerza, con la mitad que quedó siguió amando la vida, sin cantar quizá, pero con pisadas firmes, una mujer de raíces tan profundas que no hay corriente que la desarraigue, tan sabia que su compañía da sombra. Mi abuelo estaba sentado esperando su plato, como buen macho, no sabe cuidar ni servir pero espera siempre ser servido y ser cuidado. Siguió Jaramillo en la reproducción y mi abuela empezó a cantar también, quedito. Ojalá las partículas de Mercedes que volaron cuando dijo sí, vuelvan a ella para cantar a rienda suelta.

Hay cicatrices que sanan, pero arden con el cambio de clima y algo en el corazón se achica tan solo al ver la carne enrojecida. Ser huérfana de madre es una herida profunda, y tal vez, la raíz de su amorosa y disciplinada forma de criar. Con esa alegría tan suya, la gente no imaginaría que en su niñez sufrió tanta hambre, que aprendió a diferenciar entre las plantas salvajes cuáles eran comestibles sin causar daño: “De la bardita del vecino colgaba una siempreviva, y cuando mi tía no nos quería dar de comer, acercaba mi boca como un animalito y masticaba la hierba”. Esa niña pequeña y salvaje sobrevivió porque la naturaleza es pródiga, ahora es una persona sabia y rodeada de una familia que la protege, tal vez un día se evapore completa, por eso pienso que la sabiduría de su vida merece memoria, y quise compartirte su historia, para que la palabra la transforme, y se quede aquí, Mercedes Siempreviva. ●

CUANDO DIJE SÍ, ALGO SALIÓ DE MI CUERPO Y YA NUNCA VOLVIÓ.



IMAGEN: CORTESÍA DE LA AUTORA